

amado electorado de Hanover; mientras por otro lado hizo asediar á la reina María Teresa para que hiciese la paz á cualquier precio con el mismo Federico II. Harrington estaba tambien convencido de que solo la Prusia podia salvar al imperio aleman y la causa del protestantismo. María Teresa supo excitar el entusiasmo de los húngaros en el parlamento de Presburgo; pero este entusiasmo no le dió un ejército, porque hasta fin del mismo año apenas se habian presentado unos 200 individuos procedentes de la insurreccion anterior de Hungría, para engrosar el ejército que la reina necesitaba para reforzar el único que tenia, que era el mandado por Neipperg en Silesia.

Estando así las cosas, salvó Federico II á ambos enemigos, el electorado de Hanover y el Austria. Para aquel obtuvo el reconocimiento de su neutralidad en cambio de su promesa de dar su voto en la próxima eleccion de emperador de Alemania á favor del elector de Baviera Carlos Alberto; y al mismo tiempo poniéndose en inteligencia con Neipperg, concertó con él una tregua secreta hasta saber si el gabinete de Viena se avenia á cederle la Silesia baja inclusa la plaza de Neisse, que entretanto debería continuar sitiada y se sostendria sin hostilizarse los unos á los otros. Esta inteligencia puramente verbal tuvo efecto entre el rey y el general emigo el 9 de octubre en una aldea llamada Klein-Schellendorf, y en presencia entre otras personas del embajador inglés lord Hyndford que la puso por escrito simplemente para ayudar á la memoria, pues que no era ningun convenio ni tratado ni siquiera preliminar de tal. Por esta razon tampoco se firmó por ninguno de los interesados, pero en realidad sacó á María Teresa de sus apuros mayores y la salvó, porque segun ha dicho recientemente el feldmariscal Rothkirch, ferviente austriaco, en la Gaceta militar de Viena, el rey no queria que sobre las ruinas del Austria se levantasen varios pequeños Estados, como de costumbre enemigos entre sí, y que fueran impotentes para resistir la influencia y direccion de la Francia que así dominaria de hecho toda la Alemania. Además le convenia tambien probar á los bávaros y franceses que sin él no podian hacer nada en el imperio.

Esta es la historia de la mediacion inglesa que empezó por no conocer ni desempeñar el papel mas natural que le tocaba; que destruyó sus propias y mas brillantes esperanzas, acabando finalmente por hacer, obligada por los sucesos, pero ya sin honra ni agradecimiento de nadie, lo que podia haber hecho desde un principio con honra y hasta con provecho. El Austria, confiando siempre en la Inglaterra, se habia dejado llevar por ella á un atoladero donde Inglaterra la dejó infamemente abandonada, como dijo Pitt en uno de sus discursos. La Gran Bretaña podia y debia haber evitado la guerra de sucesion austriaca: pero en lugar de esto hizo una política traidora, solapada, torpe y pueril.

#### II.—EL ELECTOR DE BAVIERA CARLOS ALBERTO; SUS ILUSIONES IMPERIALES, Y LA REHABILITACION DEL AUSTRIA. (1)

La misma perseverancia que empleó el emperador Carlos VI para reunir el mayor número de potencias garantes de su pragmática sancion, empleó tambien la corte de Baviera durante una generacion larga para contrarestarla, pero siguiendo un procedimiento completamente equivocado. El primer medio habria sido la economia para disponer de

(1) Hânse consultado las obras alemanas siguientes: C. T. HEIGEL, *La contienda por la sucesion austriaca, y la eleccion de Carlos VII para emperador de Alemania*. Nördlingen 1877. *Historia de la guerra de sucesion de Austria* en la Gaceta militar del Austria. Viena 1827.—ARNETH, *María Teresa*. Viena 1864, y la obra francesa de JOBEZ, *La France sous Louis XV*.

fondos, y luego la creacion de un ejército bien instruido; pero ni Maximiliano Manuel murió en 20 de febrero de 1726, ni su hijo Carlos Alberto pensaron jamás ni siquiera en aligerar sus deudas opresoras disminuyendo los gastos de su corte, ni en aumentar sus recursos administrando sábia y reproductivamente los de su país, como hizo Federico Guillermo I de Prusia; ni en crearse como él un ejército, elemento indispensable para acometer grandes empresas políticas. Todos sus planes ambiciosos de llegar á ser gran potencia se cimentaban, en especial los de Carlos Alberto, sobre socorros franceses en dinero, en tropas y servicios diplomáticos, teniendo en ellos tanta confianza y seguridad tan estúpida que no salia de la embriaguez de sus fiestas suntuosas de corte; mientras dejaba desorganizarse sin el menor cuidado su fuerza armada con una indolencia que hoy nos pasma, sin una sombra de idea de la importancia y gravedad de su ambicioso proyecto.

Así como Carlos VI habia criado á su hija María Teresa en la creencia inmutable de que á ella correspondia la herencia íntegra de su padre por derecho divino que ningun poder humano podia destruir, del mismo modo el príncipe elector de Baviera se habia educado en la conviccion de que le tocaba la corona imperial de Alemania y lo mejor de la monarquía austriaca si el emperador moria sin sucesion masculina. Su padre ya en el año 1714 habia obtenido la cooperacion de la Francia para sus designios estipulada en un tratado secreto, y contando con él, habia pedido y obtenido para su hijo en 1722 la mano de la segunda hija del emperador José I, María Amalia, y habia permitido que la jóven pareja renunciara con juramento solemne á todos los derechos de sucesion, y reconociera la pragmática sancion, porque fundaba sus pretensiones sobre derechos mas antiguos que en su opinion no quedaban invalidados por la nueva pragmática. Cuando su hijo en 1725 fué huésped obsequiado de Luis XV en Versalles le encargó todavia en una carta que no pudiese jamás de vista este objeto. Murió pocos meses despues, y le sucedió su hijo Carlos Alberto á la edad de 29 años en 26 de febrero de 1726.

El jóven elector procedió conforme le habia enseñado y prescrito su padre, y en 12 de noviembre de 1727 firmó con la Francia un convenio de subsidios y de alianza. En otoño de 1731 protestó con la Sajonia en la dieta de Alemania contra la garantía del imperio á favor de la pragmática sancion, y no obteniendo éxito su protesta, celebró con el soberano de Sajonia un convenio de amistad y de alianza en que ambas cortes se reservaron sus pretensiones y derechos sobre la herencia austriaca. Despues de cuando su hermano el príncipe elector de Colonia, Clemente Augusto, se pasó con gran sentimiento suyo al partido del emperador, le hizo saber su firme resolucion de sostener en su día sus derechos como descendiente directo y heredero de Fernando I y de su esposa Ana contra la familia archiducal, y le previno que para evitar la guerra que resultaria y que él haria con la cooperacion de Francia no veia otro medio mas que el casamiento de sus dos hijos con las dos hijas del emperador. Para lograr estas uniones y atemorizar al emperador hizo firmar por su embajador en Versalles con la Francia un nuevo convenio en 15 de noviembre de 1733, y cuando su proyecto del doble casamiento quedó burlado al casarse María Teresa con el duque Francisco de Lorena en 12 de febrero de 1736, se empeñó en lograr para su heredero siquiera la mano de la hermana menor María Ana y asegurar con esto para su casa un derecho sobre los Estados hereditarios de la casa de Austria.

Este proyecto encerraba ya el plan de una reparticion de la monarquía austriaca, por cuya razon muy trasparente no

podia convenir á Carlos VI; sin contar que la gran diferencia de edad entre la archiduquesa y el príncipe heredero de Baviera se oponia ya á esta union.

En esto falleció el emperador, y cuando el conde Perusa, embajador bávaro en Viena, suscitó del modo que sabemos la cuestion de sucesion á favor de su soberano con un éxito lamentable no contaba este con mas apoyo que el basado en el convenio de próroga de subsidios franceses renovado en 16 de mayo de 1738. El chasco que recibió la pretension bávara fué tal, que en todo el cuerpo diplomático reunido en Viena sin diferencia de partidos no hubo mas que una sola voz de reprobacion. Hasta el cardenal Fleury tuvo que hacer coro á lo menos públicamente para condenar tan injustificada pretension, si bien en secreto prometió al embajador bávaro en Paris, príncipe de Grimberghen, que el rey de Francia auxiliaria al elector de Baviera con toda la energia posible concediéndole en prueba de ello 400,000 florines para hacer armamentos en lugar de un millon que el elector habia hecho pedir.

La declaracion de guerra de España á la Inglaterra cambió entonces en gran manera la situacion de la Francia, y en setiembre de 1740 se vió Fleury obligado á enviar 22 buques de guerra franceses á América. En noviembre publicó un manifiesto en el cual amenazaba declarar la guerra á Inglaterra si esta no cesaba en sus ataques á las colonias españolas; de suerte que siendo la guerra inminente con la Gran Bretaña, era cuestion muy seria para la Francia la de embarcarse todavia en otra guerra en Alemania. Indudablemente le convenia aprovechar la coyuntura que le ofrecia la debilidad del Austria para empequeñecerla; pero ¿era tambien conveniente poner sus ejércitos en marcha para crearse, en una Baviera poderosa, otro enemigo tan temible como el Austria? Por supuesto que mas convenia á la Francia tener en Carlos Alberto un emperador del sacro imperio germánico-romano por la gracia de la corte de Versalles que sufrir la eleccion del duque de Lorena que quizá trabajaria desde el primer momento para recuperar su antiguo patrimonio, el ducado de sus mayores. Para lograr la eleccion de Carlos Alberto era indispensable la guerra, la cual en aquel momento no convenia á la Francia; mas para no renunciar á la idea, podia probarse la via diplomática empleando los tan conocidos recursos, dando su apoyo moral á la Prusia, socorros pecuniarios á la Sajonia y Baviera, y comprando los votos de los príncipes electores eclesiásticos, con lo cual habia bastante para avivar la hoguera y mantener el incendio, quedando siempre en manos de la Francia el arbitraje final y abierto el campo para tomar una parte mas activa en los sucesos si era menester. Lo que por lo pronto convenia era evitar toda publicidad y compromiso. La Sajonia aguardaba á que empezara la Baviera, y esta no podia tomar la ofensiva sin el auxilio de las armas francesas. Por otro lado convenia que la Baviera no llegara á conocer que la Francia la instigaba á la guerra, para dejarla abandonada si el éxito no correspondia á lo que la Francia deseaba. Esto explica la doble conducta del cardenal Fleury que con una habilidad y un atrevimiento inconcebibles supo tener tanto tiempo en el banco del tormento por un lado al impaciente elector de Baviera y por otro á la confiada y creyente reina de Hungría y de Bohemia. El papel de incendiario era el único que convenia al anciano cardenal Fleury que á la sazón contaba 88 años, porque en aquellos instantes se habia hecho difícilísima la situacion interior de Francia, tanto que Argenson escribió en sus memorias en 4 de diciembre de 1740: «El malestar aumenta; los capitalistas ya no quieren adelantar fondos.» La intervencion del mariscal Belleisle en la política francesa en Alemania cambió la situacion empujando á la

Francia irremisiblemente á la guerra, y desbaratando todas las intrigas y los trabajos de zapa del cardenal, como siete años antes habia hecho Chauvelin en la cuestion polaca.

El conde de Belleisle fué nombrado en 20 de diciembre para representar á la Francia en la dieta germánica reunida en Francfort con el fin de elegir el sucesor del emperador difunto. Para saber lo que significaba este nombramiento basta leer lo que sobre él escribió en el mismo día el marqués D'Argenson en sus memorias, á saber: «Dícese que acaban de confiarse los intereses de la paz á la persona que en Francia aboga mas por la guerra, y desde su punto de vista personal con bastante motivo, porque sabe que al primer cañonazo ha de recibir el baston de mariscal. Este hombre, pues, en lugar de trabajar por la paz, alborotará la Alemania con sus intrigas. Todo el mundo se admira de su creciente influencia en la corte; y es que este hombre se ha formado una opinion y un sistema fijos de los asuntos de Alemania basados en un cúmulo de materiales. Tiene un genio fogoso, come y duerme poco y medita mucho; de modo que por poco que hable deslumbra á la pequeña tribu ministerial. Parece, pues, que no tardaremos en estar acordes con la Baviera, y entonces tendremos la guerra segura. ¡Qué desgraciado es el país en que vivimos!»

El sistema del conde de Belleisle es conocido en su parte mas principal, y la historia ha dado razon á los temores de los amigos de la paz en Francia. La obcecacion de una corte que permitió á este hombre seguir su sistema personal es uno de los hechos que mas ilustran la decadencia de la política francesa.

El sorprendente resultado que habia coronado el paseo militar de Federico II por la Silesia, tenia embriagado al partido de la guerra en Versalles y aun al mismo rey, el cual en 13 de febrero de 1741 nombró de un golpe siete mariscales de Francia, nombramiento que era la mejor prueba de las intenciones belicosas reinantes. Uno de los agraciados fué el conde de Belleisle que á la sazón contaba 54 años, oficial excelente de caballería, pero que todavia no habia dirigido ni ganado batalla alguna.

Empezó su cometido desde Francfort conquistando los votos de los electores eclesiásticos, los príncipes prelados de Maguncia, Colonia y Tréveris, á favor de Carlos Alberto. Luego pasó con igual objeto á Dresde y de allí al campamento de Mollwitz, donde asentó con Federico II las bases del tratado que firmó seis semanas despues el marqués de Valory como plenipotenciario del rey de Francia.

En 18 de mayo llegó Belleisle al palacio de Nymphenburg cerca de Munich, donde entonces residia el elector de Baviera con su corte. Su llegada oportuna facilitó la conclusion de un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y Baviera dirigida contra el Austria, elaborado entre el embajador español conde de Montijo y el ministro bávaro conde de Toerring, y formalizado y firmado en 28 de mayo de 1741 gracias á la enérgica intervencion del mariscal francés. En este tratado se obligaba el gobierno español á pagar 800,000 libras de una vez al príncipe elector de Baviera á título de indemnizacion por los daños y perjuicios recibidos en la guerra de sucesion española, y además ochenta mil florines mensuales á título de subsidio de guerra, á fin de que pudiera unir á la corona imperial una parte de los dominios del Austria en Alemania, cuya extension se fijaria en adelante. En cambio se darian al rey de España los territorios que el Austria tenia en Italia. Háse hablado tambien de un tratado franco-bávaro firmado en el mismo sitio y en el mismo día y ratificado en Versalles en 4 de junio; pero esta es una pura invencion divulgada por los enemigos del elector de Baviera á fin de presentarle con el

estigma de traidor al imperio. Además de muchas otras pruebas en contra de esta acusación existen documentos irrecusables que demuestran que cabalmente entonces el gabinete de Versalles rechazó clara y decididamente, por cierto con grandísimo disgusto de Belleisle y del elector, todo nuevo convenio que prolongara, renovara ó excediera lo estipulado en los tratados de 1714, 1723, 1727 y 1738.

En 6 de junio de 1741, dos días después de la fecha en que se decía haberse ratificado en Versalles el tratado apócrifo, escribió Belleisle desde Nymphenburg al ministro francés Amelot una relación detallada, acompañada de varios comprobantes y suplementos, en la cual proponía todavía que se hiciera el tal tratado, diciendo que el objeto principal del rey de Francia debería ser impedir que el esposo de María Teresa fuera nombrado emperador de Alemania; procurar que lo fuese en su lugar el elector de Baviera, y derribar completamente y para siempre la casa de Austria. Dicho esto, expone el mariscal al ministro que había llegado el momento crítico, y que para lograr los fines que el rey se proponía era preciso emplear los medios más enérgicos, y hacer frente abierta y decididamente al Austria; que el rey de Prusia estaba pronto á asociarse á la empresa tan luego como se le dieran pruebas de que la Francia tomaba el asunto de serio y de que sus auxilios á la Baviera eran verdad. En cuanto al rey de Polonia (y elector de Sajonia) solo aguardaba que la Baviera abriera su campaña contra el Austria, porque quería ver para creer. Por su parte la corte electoral de Maguncia se abstenía por la misma razón de entrar en campaña, porque dudaba del auxilio francés, y estas dudas y desconfianzas serían generales hasta que se vieran hechos, sin los cuales no había que pensar en acabar con las simpatías que tenía el Austria.

Se ve, pues, que el mariscal quería ver obras, prueba de que entonces no había todavía tal cosa; quería en primer lugar que se empleasen grandes sumas de dinero, y en segundo lugar un auxilio armado eficaz. Así dice en un suplemento que con un millón de florines no podía hacer nada el elector, porque el tesoro bávaro no tenía recursos para mantener un gran ejército, siendo imprescindible poner en campaña por lo menos 50 batallones de infantería y 20 escuadrones de caballería franceses, porque no se podía comenzar campaña como esta si no se hacía con completa seguridad de feliz éxito. En 11 de junio volvió á escribir al ministro desde Mannheim, que procurara enviar inmediatamente tres millones al elector, y añade: «tocante á la cuestión pecuniaria, sería conveniente que el rey hiciera una especie de convenio ó compromiso con el elector á fin de que este tuviera un documento escrito que le fijara la cantidad, aumento y duración de los subsidios.» ¿Cómo podía pues haberle asegurado la Francia ya en 28 de mayo dos millones de libras mensuales, según pretenden los enemigos de la Baviera que declara el 2.º artículo secreto del tratado apócrifo?

En carta del 21 de junio rechazó el ministro Amelot las grandes exigencias del mariscal, comprometiéndose solo en caso necesario á enviar un ejército auxiliar de 20,000 franceses y 2 millones de libras en dinero, asegurados por un convenio en regla. Esta mezquindad descontentó tanto al mariscal, que acto continuo marchó él mismo á Versalles donde alcanzó en 12 de julio una victoria completa; á saber, la resolución del gobierno de hacer la guerra en grande escala, y el envío de dos ejércitos para proceder en unión de la Prusia, Baviera y Sajonia-Polonia al desmembramiento del Austria. Para no faltar abiertamente á los tratados en que la Francia había reconocido la pragmática sanción y comprometido á defenderla contra cualquier enemi-

go, se decidió abstenerse de la declaración de guerra formal al Austria y enviar los dos ejércitos á Alemania en calidad de «tropas auxiliares del elector de Baviera.» De esta manera pudo escribir el mariscal Belleisle al citado elector en 21 de julio que todo estaba ganado y que en 15 de agosto pasaría el ejército auxiliar el Rhin, añadiendo: «De consiguiente ocupe V. á Passau y reuna allí víveres. Este primer golpe satisfará al rey de Prusia.»

Cárlos Alberto se guardó de hacerlo para no exponerse antes de tener cubiertas las espaldas; y por lo que pudiera ocurrir, envió un proyecto de convenio á Versalles para arrancar ciertas garantías, cualquiera que fuere el éxito de la guerra; pero Amelot contestó en 9 de agosto al embajador bávaro que un nuevo convenio era excusado y supérfluo; que había llegado el caso previsto en los tratados existentes, y que en aquel mismo momento se cumplía lo que en ellos se había prometido, por manera que no se necesitaban seguridades nuevas; y si algo convenía era acaso solo un tratado para la seguridad y las operaciones del ejército auxiliar. Este último se hizo efectivamente estipulando en 9 artículos todo lo necesario respecto de mando superior, etapas y manutención del ejército, y se firmó en 16 de agosto en Versalles entre el ministro Amelot y al embajador Grimberghen.

El elector encontró con razón este arreglo insuficiente; porque nada determinaba tocante á los pactos más importantes del tratado de 1727.

Cárlos Alberto abrió la campaña con su pequeño ejército según un plan escrito por el rey de Prusia con fecha de 29 de junio de 1741, plan que Federico le hizo entregar por el desertor austriaco feldmariscal conde de Schmettau, y que merece ser copiado aquí literalmente: «La alianza del rey de Prusia con el elector de Baviera distrae del lado de este país una gran parte de las fuerzas enemigas, de suerte que lo mejor que puede hacerse es atacar mientras el enemigo es por aquel lado débil. Para dar un gran golpe se debería tomar á Passau y Linz, y marchar por el camino recto á lo largo del Danubio sobre Viena. Los enemigos que acaso se encontraran en este camino serían derrotados con facilidad, y marchando sobre la capital se cortaría al Austria por la raíz y su caída sería inevitable. Además se aislaría la Bohemia, con lo cual perdería el Austria sus últimos recursos y quedaría fuera de estado de emprender otra campaña el año que viene. Pero si el elector, en lugar de obrar así, retardara sus operaciones, enviarán los austriacos fuerzas suficientes á aquellas fronteras, que crearían notables obstáculos y comprometerían el éxito de la campaña, y hasta podrían cambiar completamente el teatro de la guerra, trasladándolo del Austria donde debe hacerse, á la Baviera, lo cual sería perjudicialísimo. Mi consejo es por consiguiente que se emprenda esta campaña grande y gloriosa cuanto antes, aprovechando las actuales circunstancias favorables. Sería también conveniente hacer con el rey de Prusia un pacto de alianza para garantizarse mutuamente las conquistas que se hagan y comprometerse á no hacer en ningún caso, suceda lo que sucediere, la paz el uno sin el otro.»

El elector comprendió lo acertado de este plan y cediendo á las instancias de Federico y de su embajador determinó á entrar en operaciones sin aguardar la llegada de los franceses. En la noche del 30 al 31 de julio salió de Schaerding una división bávara á las órdenes del general Minuzzi y llegó por la mañana á las puertas de Passau que ocupó por encontrarla sin fuerzas enemigas. Lo mismo sucedió con la ciudadela Oberhans que el obispo entregó á la primera intimación; de suerte que á mediodía pudo enviar el general Minuzzi á su soberano esta parte: «Passau es nuestra sin derramamiento de sangre.» Quince días después

pasó el ejército auxiliar francés el Rhin cerca del fuerte Luis, atravesando primero el río una columna de 10,000 hombres, y sucesivamente las otras tres de la misma fuerza en otros tantos días, todos como si se presentasen en una parada brillantemente uniformados y con armas relucientes, dando á los sencillos habitantes de Suabia un espectáculo que no se cansaban de admirar. Las tropas alemanas que habían visto estaban compuestas de un sinnúmero de contingentes de los innumerables Estados microscópicos soberanos y ciudades pequeñas libres de la confederación alemana, estando vestido y armado cada contingente según el capricho de su señor.

Cinco semanas descansaron los bávaros en Passau sobre sus laureles esperando la llegada de los franceses. Puede formarse juicio de la triste administración y de la pobre capacidad de aquellos príncipes alemanes por las siguientes frases que el elector de Baviera escribió en 10 de agosto al rey de Prusia: «El plan de marchar sobre Viena es una idea digna del talento y corazón de V. M.; lo admiro y ardo en deseos de ejecutarlo, pero por desgracia no tengo artillería gruesa.» Hasta el 7 de setiembre no se incorporó á su ejército que acampaba en las inmediaciones de Schaerding. El 11 se puso en marcha, y habiendo pasado la frontera cerca de San Vilibaldo, mandó un oficial con un trompeta á Linz para intimar á las autoridades la rendición y su reconocimiento de archiduque por sucesión legítima. Todos, nobleza, habitantes de ciudades y gente del campo, si cabe con mejor voluntad todavía que la que manifestaron los protestantes de Silesia á Federico, salieron á recibir á los bávaros, que llegaron el 14 á Linz, capital del Austria alta, y la ocuparon sin dificultad como tampoco la habían encontrado en todo el trayecto hasta entonces. Solo en el camino desde Linz hasta el río Enns tuvieron algunos encuentros insignificantes con húsares austriacos. El 30 de setiembre pasaron los bávaros el río penetrando en el Austria baja. Entonces regresó el elector á Linz, donde fué reconocido y proclamado solemnemente el día 2 de octubre legítimo soberano con una facilidad de parte de los habitantes y representantes del país, tan grande como si jamás hubiesen pertenecido al Austria. La milicia ciudadana formó con cintas azules y blancas, colores de la Baviera, en los sombreros para recibir una bandera nueva con las armas bávaras. Un conde Starhemberg precedió en la procesion con la espada desenvainada al nuevo soberano; otro conde Hohenfels le tuvo el estribo; y tanto á la procesion, como á la función religiosa y al banquete asistió toda la nobleza del país que no estaba ausente ó empleada en la corte de Viena ó de Presburgo; y hasta de los prelados solo faltó uno porque estaba enfermo.

El incansable Belleisle entre tanto había logrado en Frankfurt un tratado de alianza entre la Baviera y la Sajonia por el cual esta, en el reparto del Austria, se contentaba con la Moravia, el distrito de Obermannhartsberg de la Austria baja y la Silesia alta sin Neisse. Fué firmado en 19 de setiembre de 1741; y mientras se celebraban las fiestas de Linz llegó también la noticia de que una segunda división francesa compuesta de 20,000 hombres había pasado el Rhin por el lado de Speier dirigiéndose al Palatinado alto. Con tan felicitosos auspicios púsose Cárlos Alberto en marcha para Viena, y en 21 de octubre llegó á San Poelten, á diez leguas de la capital, adonde no debía ya llegar porque era ya tarde.

Según opinión de austriacos competentes, el elector podía muy bien haber estado con un buen ejército franco-bávaro en 26 de setiembre en Viena, y haber trasportado la artillería de sitio por agua desde Passau á Ingolstadt, siendo además dudoso que hubiese encontrado resistencia en la capital

atendidos el pánico general, y el triste estado de las obras de defensa que más de dos días no podían haber resistido al ataque del enemigo. La ocupación de la capital habría decidido la posesión de Bohemia, que desprovista de tropas como estaba, habría caído en manos de Federico de Prusia, el cual en semejante caso seguramente no habría hecho con Neipperg el convenio verbal que hizo en Klein-Schellendorf, convenio que dejaba aquel ejército libre. En fin, el efecto moral de la aparición de la bandera bávara sobre los baluartes de Viena habría sido inmenso.

¿Y por qué no hizo el elector de Baviera en setiembre lo que ya no era posible hacer en octubre? Porque los franceses, de los cuales dependía todo, no quisieron. Fué muy fácil al conde de Schmettau probar al apoderado militar francés marqués de Beauveau el éxito feliz é infalible que habría tenido un ataque á la capital del Austria; pero este le contestó de un modo por demás concluyente: «Sí señor, pero una vez en Viena, ya no nos necesitaría el elector, y esto no nos convenía.» Exactamente en el mismo sentido obró el mariscal Belleisle, que se opuso con todas sus fuerzas al plan de campaña indicado por el rey de Prusia; de suerte que Cárlos Alberto era solo de nombre general en jefe del ejército auxiliar francés, y en realidad subordinado del mariscal Belleisle, que tenía facultades y órdenes secretas y positivas de su gobierno para hacer si convenía aunque fuese lo diametralmente opuesto á lo que mandara ó dispusiera el elector. Por fin se hubo de convencer Cárlos Alberto de que solo había sido instrumento donde pensaba ser director. Así dijo después: «Los franceses no querían que yo fuese dueño de Viena. Su plan era hacernos destruir mutuamente para quedarse en el reparto con la parte del león.»

Obedeciendo á los deseos, por no decir á las órdenes de los jefes franceses, renunció Cárlos Alberto á tomar á Viena y se dirigió á Bohemia, donde se reunieron con él y los franceses delante de Praga 21,000 sajones á las órdenes del general Rutowsky á cuyas instancias se celebró un consejo de guerra en 24 de noviembre. En él se decidió proceder al ataque en la noche del día siguiente simultáneamente por cuatro lados y en efecto así se hizo quedando al romper el alba la ciudad en manos de los aliados. Los 3,000 hombres de guarnición se rindieron prisioneros de guerra.

Entre tanto había acudido el gran duque de Toscana con 40,000 hombres en los cuales iban incluidos las fuerzas de Neipperg, y al llegar á cuatro leguas de Praga recibió la fatal noticia de que esta capital estaba en manos de los enemigos, cosa que no habría sucedido si hubiese forzado un poco sus marchas. Ya era tarde; el mal estaba hecho, y así resolvió el consejo de guerra, torcer hácia la izquierda y ocupar la comarca comprendida entre las poblaciones de Deutschbrod, Tabor, Bechin, Tein, Pisek y Strakonitz para cortar la comunicación de los aliados con la alta Austria, que era positivamente lo más acertado en aquellas circunstancias, bien que ni en Viena ni en Praga supieron comprenderlo. En la capital se gritaba y acusaba á los generales de estupidez y cobardía con tan poca razón como la que habían tenido al creer ya el Austria salvada porque los aliados se habían marchado sin tomar la capital.

Dueño ya de la capital de Bohemia, consideró el elector de Baviera dueño también del país; tomó en 7 de diciembre el título de rey de Bohemia y en 19 del mismo mes hizo coronar en medio de resplandecientes fiestas, habiendo tomado parte en la ceremonia del homenaje y reconocimiento 400 representantes y diputaciones del reino. Para coronar su dicha ya no le faltaba más que ser elegido emperador de la confederación germánica, lo cual también estaba seguro de conseguir cuando á principios de enero marchó